

Recensión. Introducción y Capítulo 1 de “*La otra mundialización*” de Dominique Wolton (2003, París), Editorial Gedisa, S. A., Barcelona 2009

Alumna: Deborah González Jurado

Asignatura: Comunicación Global. Teoría, actores y tendencias

Profesora: Conchita Travesedo

Curso: Máster en investigación periodística. UMA, 2010/2011

Martes a 30 de noviembre de 2010

El libro que vamos a estudiar comienza con un golpe de efecto en la primera línea. “*La mundialización de la información vuelve el mundo pequeñito pero muy peligroso*”<sup>1</sup>. No solamente aquí sino a lo largo de la lectura, puede parecer que el autor se está refiriendo a un estallido de guerra general dentro del mundo capitalista. Aunque las líneas generales que sigue el autor son de las que todos hablan, no deja de parecerme sesgado y comprometido una parte de su pensamiento. Desde las líneas introductorias, el autor confiesa que su trabajo es un encargo del Estado francés (al menos en esto tenemos una orientación ideológica), por iniciativa del secretariado de Estado en los DOM-TOM, antiguos territorios coloniales franceses que perviven en el siglo XXI, como testigos aparentemente anacrónicos de otros tiempos, los siglos XIX y XX. Este dato tal vez es el que me lleva a especular sobre los fines u objetivos de un largo trabajo investigador, del cual los lectores corrientes obtenemos este librito. ¿Pretensiones del gobierno francés, por encima de la alternancia de partidos de extraer conclusiones sobre el diferente efecto que el mismo mensaje produce sobre culturas, digamos, tradicionalmente sometidas a las potencias occidentales? ¿Estudios ultramarinos de los efectos de la comunicación francesa en los restos de su mundo colonial? ¿No podríamos estar ante el aprovechamiento de la oportunidad de estudiar en casa para casa?

El autor del libro, Dominique Wolton, entra en el marco de una generación francesa, que ahora detenta el poder, cuyos muchos de sus hijos e hijas nacieron y se criaron en las antiguas colonias de las sucesivas repúblicas, que hasta finales del siglo XX, el chauvinismo y los intereses comerciales franceses se negaban a ceder, a pesar de las conminaciones de la política internacional (recuérdense los episodios de la dolorosa descolonización de Argelia). Tanto nuestro autor, como por ejemplo la portavoz de la oposición de Sarkozy en Francia, Ségolène Royal, son miembros de esta generación de franceses nacidos en colonias, que hoy actúa en el meollo político de Francia, y por ende, de Europa.

Debo advertir a los lectores de este comentario, que he encontrado en este autor un punto de vista que puede estar sesgado en cierta medida por la cercanía del autor al aparato estructural del gobierno de su país. Por ejemplo, cuando enuncia que “*Francia y Europa disponen de significativas cartas de triunfo porque son sociedades antiguas(...)*”, refiriéndose de la posibilidad de “*pensar y organizar la convivencia cultural a escala planetaria*”, da por sentado el silogismo de que las sociedades antiguas son más aptas para la nueva organización comunicacional a nivel mundial que se está creado precisamente por el hecho de ser antiguas, cuando en realidad, este silogismo no se ajusta en absoluto a los casos que conocemos de la historia. Este tipo de fórmulas parecen revivir la antigua creencia altoimperial de la eternidad de Roma.

---

<sup>1</sup>WOLTON, Dominique (2003, París), “*La otra mundialización*”, Editorial Gedisa, S. A., Barcelona 2009.

Según Wolton en este libro publicado por primera vez en lengua francesa en 2003, la comunicación, que pasa a cumplir un papel central en la política (geopolítica) del siglo XXI, no ha llegado aún a someterse a una *“reflexión teórica de base”*. El autor hace mención a las sucesivas crisis políticas y militares que vive el presente siglo desde su inicio, pero afirma que *“por el momento las ideas resisten”*. Según la también francesa escuela de historiadores de *Annales*, las mentalidades cambian sólo a muy largo plazo, a un ritmo muy lento; y por estar estrechamente comunicadas con las estructuras sociales y económicas, los cambios de mentalidad no se hacen por gusto, sino por adecuación de la mentalidad colectiva a una nueva realidad ya bien palpable, no ocultable, tanto económica como socioestructuralmente<sup>2</sup>. Está claro que si las ideas del neoliberalismo han resistido al ataque a las Torres Gemelas el 11-S de 2001, próximamente, ante la grave crisis financiera de Occidente, han de verse al menos alteradas, ya que los altibajos económicos afectan al pueblo llano mucho más directamente y de forma más materializada y tangible que los mismos procesos de cambios políticos; que no cambien las estructuras de la mentalidad colectiva en estas circunstancias, nos debería hacer pensar muy seriamente en el hecho de que la manipulación de masas y el control de las poblaciones en el interior de los países han llegado en nuestros tiempos a la máxima expresión. También me parece bastante subjetivo el discurso de Wolton cuando afirma que *“llevó mucho tiempo hacer entender que los medios de comunicación son indispensables para la democracia de masas, y que son una conquista democrática”*, pues en qué se basa para realizar rotundamente semejante afirmación? Un poco más adelante en la Introducción, de nuevo *“la información y la comunicación –como ya lo ha demostrado la historia- (¿Se refiere nuestro autor a los totalitarismos de los años ’30 y ’40?) podrían dar lugar a una siniestra inversión y convertirse en factores de guerra e incompreensión”*; de nuevo introduce el fantasma de una posible y horrible guerra mundial, probablemente a escala nuclear, a la que todos tememos. Otro término usado con frecuencia por el autor es la etnología, aplicación científica que no debe ser descontextualizada de la antropología, por hacernos correr el riesgo de la objetualización de los seres humanos de distintas culturas o culturas no escritas o “sin historia”. Recordemos, además que la antropología en sí es una ciencia que surgió a finales del siglo XIX y principios del XX como base científica que avalara la tenaza de la colonización y la explotación de lugares donde habitaban “indígenas”, término éste también superado hoy día por las ciencias sociales. Después de la Segunda Guerra Mundial la antropología tuvo que reestructurarse para poder permanecer entre el elenco de ciencia y no pasar al apartado de ciencias o pseudociencias.

No obstante la abundancia en la Introducción de esta serie de lo que yo, atrevidamente, llamaría convencionalismos, y precisamente por su presencia, el texto me ha inspirado una serie de ideas personales que intentaré exponer brevemente en este trabajo de clase. Exculpo absolutamente de mi explicación a mis profesores de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, y diré como Menocchio el molinero que “todas estas ideas han salido de mi cabeza, y no las he leído en ninguna parte”<sup>3</sup>, al menos hasta ahora.

A mi modo de ver, los antagonistas capitalismo (EE.UU. y Europa) y comunismo (URSS y posteriormente la China de Mao) del siglo XX no son más que las

---

<sup>2</sup> Ver por ejemplo, VOVELLE, Michelle (1985) *Ideología y Mentalidades*.

<sup>3</sup> GINZBURG, Carlo (1976) *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Muchnik Editores, S.A., Barcelona, 1986

dos caras opuestas de una misma moneda, moneda de cambio y circulación en valor, la economía a gran escala. Evidentemente eran antagonistas que se sustentaban uno al otro a peras de sus ideologías opuestas y sus opuestas formas de sujetar y organizar a la sociedad civil de masas. Pero la clave de sendos sistemas dominantes del pasado siglo eran los mismos: economía de fabricación, extracción de recursos, producción, comercialización y servicios, a gran escala. Sendas culturas o *modus vivendi* eran fuertemente materialistas, aunque vistas desde el detalle parecieran diferentes. Sendas tenían su base en el armamentismo e industrialización basada en la destrucción de personas, bienes y ecosistemas. Sendas, a pesar de sus diferencias compartían numerosos problemas comunes de insostenibilidad, productiva, industrial, económica, social, y de corrupción y abuso de poder.

El trágico siglo XX precedió al siglo futurista por antonomasia, bajo mi modesta opinión, el siglo XIX. Fue en el XIX cuando se rompen definitivamente los marcos del clasicismo artístico, todo un modo de concebir la realidad; un marco estructural surgido de la reinterpretación que hizo el Renacimiento del desaparecido mundo greco-romano. Al Renacimiento se contrapusieron los siglos del Barroco, de incertidumbre, complejidad y crisis, como antítesis, aunque dentro de unos esquemas que de alguna forma seguían dentro de la norma. Vuelta al clasicismo con nueva forma: el Neoclasicismo, en el mejor momento de Occidente, durante la grandiosidad de Europa, cuando cada metrópoli ejercía poder e influencia en las rutas marítimas y el control de mercancías y flujos comerciales a larga distancia. A finales del siglo XIX, las corrientes artísticas rompen los esquemas de la cultura grecolatina y se inspiran en el futurismo y en otras culturas diferentes a la occidental (africanas, asiáticas, oceánicas, etc...). El perspectivismo narrativo del arte occidental prácticamente desaparece de la pintura, por ejemplo, para dar paso a nuevas percepciones de los volúmenes, las cosas, el mundo. Los cambios del XIX aún fueron más profundos, si no más numerosos, y de mayor alcance en importancia que los que se experimentaron durante todo el siglo XX, el cual entre sus más grandes logros nos ha dejado la energía nuclear como regalo, tan primitivamente manoseada que más que un avance es, en estos tiempos, una caja de Pandora de vientos atómicos, aún llevada por una nueva muñeca Pandora, irresponsable, necia y cruel, ya que nunca tuvo alma, según el antiguo mito griego. En fin, los planteamientos y conceptualizaciones éticos más elevados que ha llevado a cabo la Humanidad desde la edad Media, tras la caída del mundo antiguo, los Derechos Humanos, se presuponen en el XIX como inherentes a todos los ciudadanos de las naciones civilizadas, es decir, el mundo occidental. Teóricamente el progreso debería extenderse como el tiempo, casi de modo espontáneo, estos preceptos a toda la faz de la Tierra y sus habitantes. El mundo que debía ser, Occidente y sus mejoras técnicas, científicas, culturales y políticas era el que debía ser, camino de la perfección de un mundo mejor. Según la mentalidad decimonónica, la utopía se cumpliría dado que el nuevo sistema liberalista, en sus niveles económico y político se les antojaba muy positivo a los contemporáneos, al menos a las élites..., hasta que comenzó la contestación proletaria.

De nuevo divergiendo del autor que estudiamos, una mirada más profunda y en el tiempo largo me hace pensar que dejando aparte la unicidad cultural del Paleolítico entre los *homo sapiens sapiens* cazadores y la grande y rápida expansión del Neolítico y los sistemas agrarios que derivaron en los grandes imperios agrarios de la Antigüedad en las cuencas de los grandes ríos de Eurasia, a lo largo de la Historia han existido verdaderos intentos de obtener poder e Imperio que abarcasen todo el globo; como los

de Alejandro o Roma, aún en la Antigüedad o como los del Papado medieval, pasando por los Austrias, Napoleón Bonaparte, la Europa totalitaria, y ya de nuevo en el siglo XX, los EE.UU. y la Unión Soviética. Ya en el siglo XVIII, el escocés Hume, muy británicamente concibió que la guerra era una forma más una forma válida para impulsar el comercio, y que el conocimiento de las distintas naciones sobre las otras procedería en gran medida de las guerras que estas naciones sostuvieran entre sí, algo por otro lado, muy británico, aunque en el tiempo en el que Hume vivió fue precisamente el de la unión de Escocia a Inglaterra.

Volviendo a nuestros bloques del siglo XX: el comunista, que basaba su economía de escala en la creación de industria de base (pesada); y el capitalista, basado en las industrias de bienes de consumo (ligeras), podemos decir que ha existido en ambos un desarrollo a escala de la comunicación. En el caso comunista se dio durante el siglo XX el hiperdesarrollo de la propaganda política y el control de Estado o poder central sobre la información y los contenidos; en el caso capitalista, el desenlace ha sido la hipertrofia de la publicidad comercial y la absoluta laxitud en lo referente a legislación y control, en pro de la libertad de prensa. Hoy sabemos que ambos sistemas de comunicación de masas, llevados a su máxima expresión han producido desinformación, ideologías sustentadoras de sistemas económicos injustos, el aumento de las distancias entre clases sociales y la supersegmentación de estas clases, y desorientación y nihilismo en el pueblo o los pueblos ciudadanos, las llamadas masas.

De nuevo me da vueltas en la cabeza la rotunda afirmación de Wolton del principio, “*que los medios de comunicación son indispensables para la democracia de masas, y que son una conquista democrática*”. ¿Está el periodismo indisoluble e inevitablemente unido a la libertad, la democracia, a la justicia y el bien? ¿Lo están la ciencia, la sociología, la historia, la economía? Decididamente la respuesta es: no. La bondad o maldad de absolutamente todas las disciplinas ingeniadas por el ser humano no son buenas ni malas *per se*, sino que dependen rotundamente del bueno mal uso que se haga de ellas. El problema comienza cuando las disciplinas se creen por encima del bien o del mal, y caen en malas manos, muy a menudo sumamente hábiles y poderosas manos... Y dejamos para otra ocasión más filosófica el relativista debate sobre qué es y que no es el bien o el mal. Democracias o repúblicas nunca fueron posibles en grandes escalas territoriales.

Las poleis griegas, a las que se atribuye el invento democrático (Democracia sólo del *demos* –los ciudadanos o *aristoi*-, no de los metecos y esclavos ni de las mujeres -aristocráticas o no-), eran muy pequeñas y su economía se basaba en la autosuficiencia, y aún así en un momento dado fue inevitable sangrar estas poleis de población que no podía ser absorbida por el limitado sistema económico, dando lugar a la migración griega y la fundación de colonias en el Mediterráneo. Habría que destacar aquí que sólo en un abstracto reflejo la democracia griega tenía algo que ver con las democracias actuales. El efecto tabú que se ha agregado actualmente al concepto político de “democracia” es una de las rémoras más pesadas con las que nos encontramos precisamente para alcanzar nuevas cotas de mejora en la organización de las interrelaciones entre individuos, empresas, producción, recursos, servicios o pautas morales y cívicas, que en definitiva proporcionan bienestar o malestar a los miembros de una sociedad. ¿Cómo es posible pretender construir una sociedad mediante el discurso repetitivo y conformista, y a veces desprovisto de toda visión realista de la realidad (valga la redundancia), que ofrecen los medios de comunicación. Es a mi juicio

ésta, una forma artificial de construir sociedad, que no dará frutos más que artificiales, simulacros y narraciones que poco o nada tienen que ver con las vidas reales de las gentes normales. Como muy bien supo ver la escuela francesa de historiadores, Annales, la sociedad hace la historia desde abajo. Los cambios en la estructura económica son de ritmo muy lento, los cambios en la estructura social y las superestructuras (cambios organizacionales, nuevos oficios, expresiones artísticas), son un tanto menos lentos; pero los cambios en la política y los acontecimientos son muy rápidos. Desde que los medios de comunicación de masas han entrado en la escena de la Historia se ha incorporado el nuevo ritmo ultrarrápido de la información y las comunicaciones, que influye ciertamente en todos los demás ciclos temporales de la actividad humana.

Después de los griegos, la República romana sólo se sostuvo mientras Roma aún tuvo dimensiones más o menos humanamente posibles de manejar, pero en cuanto Roma hubo crecido en territorios y poder, se instauró el Principado o Imperium. En cuanto a las edades Media y Moderna (pongamos desde los siglos VII-VIII hasta los XVIII-XIX), prácticamente las únicas repúblicas que pervivieron fueron las italianas (Génova, Piza, Venecia...), muy limitadas en territorio pero alimentadas con fuerte capital procedente de los intercambios que realizaban entre Oriente y el Imperio bizantino primero, y del capital de judíos y banqueros que trabajaban alrededor del Imperio español, después. Y hablamos en este caso de pequeñas repúblicas que nada tenían que ver con lo que ahora entendemos por democracia ni con ideas de igualdad, etc. Todas las demás naciones (patrias) del mundo conocido, al llegar la Edad Moderna estaban organizadas bajo monarquías que tendían a ser absolutas y cuyo ideal patriótico más alto llegó a ser obsesivamente, dominar a las demás. Las ideas de participación política de todos los ciudadanos no llegaron a materializarse en Europa hasta el siglo XIX, ni fueron extensibles a otras regiones del mundo que, en principio habían estado subyugadas a alguna metrópoli.

El autor nos habla de mundialización y, sin embargo aún hoy en 2010, aún existe pervivencias del colonialismo de los siglos XIX y XX. De hecho el autor comenta que el ensayo que analizamos es inicialmente promovido desde la Polinesia francesa, como hemos mencionado, pero el autor no desvela el motivo principal de sus estudios.

¿Cómo habremos de pensar en la convivencia global cuando cada vez es más difícil la convivencia doméstica, entre parejas o entre padres e hijos? A pesar de lo que es política y socialmente correcto decir o aparentar, la convivencia diaria en el medio en que vivimos se nos presenta cuando menos difícil y costosa. Este problema es difícil de pasar por alto. La sociedad occidental, tanto la proveniente del mundo capitalista como la heredera del pasado mundo comunista, ha promovido esa idea de individualismo de masas en el mismo seno de las relaciones, y se ha instalado como paradigma de las relaciones personales.